



www.loqueleo.com/es

© 1996, Joan Manuel Gisbert

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-143-2

Depósito legal: M-37.931-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: enero de 2018

Más de 25 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LOS ARMARIOS NEGROS

Joan Manuel Gisbert

loqueleg

*A Rosa María Huertas,
exploradora de la cuarta dimensión
de las páginas.*

En aquella parte privilegiada y casi secreta de la ciudad las calles eran silenciosas, profundas y solitarias. Tras las verjas y las paredes gruesas y altas, los árboles ocultaban las mansiones como sombríos guardianes.

Ya oscurecía cuando la furgoneta llegó al barrio residencial. Septiembre, en sus primeros días, acortaba las tardes. Le empezaba a devolver a la noche las horas perdidas en verano.

Pablo miraba por la ventanilla del vehículo las imponentes verjas de las fincas y la densidad de los arbolados que las rodeaban. Pensó que cada una de aquellas mansiones era un mundo aparte donde podían ocurrir cosas que nunca llegarían a ser conocidas fuera de sus muros.

—Aunque supongo que no hace falta, te lo recuerdo otra vez: la casa no está habitada, pero eso no quiere decir que tú puedas meterte en todas partes. En el jardín, lo que quieras, pero dentro muévete solo por las dependencias que te indicaré. Las demás, ni pisarlas. ¿De acuerdo?

Pablo esperaba que después de los dos o tres primeros días su padre suavizaría las normas. Estar por primera

vez en una de aquellas mansiones sin poder explorarla a fondo le parecía una fabulosa ocasión desperdiciada.

La furgoneta entró en la calle de las Acacias en el momento en que empezaba a encenderse el alumbrado. Las farolas y su tenue luz quedaban medio ahogadas por las ramas que sobresalían por encima de las verjas y paredes de los jardines cerrados.

10 Alfredo Biosca detuvo la furgoneta al final de aquella calle sin salida, donde ya casi empezaba la montaña, ante la doble puerta de hierro de una gran finca que se encontraba a la izquierda. Bajó del vehículo con un manojito de llaves en la mano. Ya había estado allí para calcular el presupuesto de las reparaciones y mejoras que había que hacer en la instalación eléctrica de la casa. Iba a ser puesta en venta, y la agencia inmobiliaria encargada de la operación había decidido, de acuerdo con los dueños, llevar a cabo diversas obras para acondicionar mejor la propiedad.

—Cerraré yo —se ofreció Pablo, una vez que la furgoneta hubo entrado por la gran puerta de hierro.

—El cerrojo está muy duro.

—No importa.

Llegaron con el vehículo a la parte trasera del amplio jardín. El garaje no se podía utilizar. Se había convertido en almacén de materiales de los diversos contratistas encargados de las restauraciones aún por hacer.

—Ocuparemos unos cuartos aquí en la planta baja —explicaba Alfredo mientras se acercaban a la puerta posterior del solitario edificio—. Tendrás una pequeña habitación para ti, cerca de la mía.

Utilizó otra de las llaves para abrir. Antes de entrar, encendió una linterna que llevaba en la mano.

—El edificio está sin luz. Tuvieron que desconectar la acometida porque la instalación está muy deteriorada. Será un poco incómodo, pero tenemos linternas y algunas lámparas. A oscuras no vamos a estar.

El silencio de dentro impresionaba. Pablo siempre había pensado que en las casas abandonadas o deshabitadas tenía que haber un silencio especial, muy lleno de sonidos que no podían oírse, que tenían que ser percibidos de otra manera.

11

Atravesaron un zaguán y avanzaron por el corredor que discurría a la izquierda. Sus cuerpos proyectaban sombras gigantes en las paredes.

Alfredo Biosca se detuvo de pronto y dijo:

—¿No has oído algo?

Pablo aguzó el oído. No dijo nada, pero con el ánimo prendido en invisibles alfileres oyó lo que su padre estaba oyendo. Venía de arriba. Les llegaba por el hueco de la escalinata principal. Era un sonido raro, irregular.

El chico buscó con la mirada el rostro de su padre. Lo vio bastante desconcertado. No esperaba que hubiera alguien en la casa. Miraba hacia arriba, sin hacer ningún movimiento, como si quisiera atravesar el techo y las paredes con la vista.

A veces el ruido cesaba y el silencio volvía a ser total. Pero enseguida comenzaba de nuevo. Parecía que alguien se abanicara bruscamente.

—Espérame aquí —dijo Alfredo Biosca—. Iré a ver qué ocurre arriba. Mal empezamos.

Pablo aún no había dicho una palabra. Se quedó unos momentos donde estaba, mientras su padre iba hacia la escalera. Su primera reacción fue de alivio por no tener que subir con él. Pero enseguida comprendió que quedarse solo abajo podría ser peor aún. En unos segundos iba a quedarse completamente a oscuras. Todavía no habían descargado la furgoneta. La única linterna a mano era la que llevaba su padre.

12 Fue tras él antes de que su rastro luminoso se perdiera en la oscuridad. Alfredo subía de prisa, dispuesto a hacer frente antes a lo que hubiera. Sin saber a quién se dirigía, exigió:

—¡Haga el favor de salir! No puede estar aquí. Es una propiedad privada.

La voz retumbó en la mansión deshabitada. Y un gran silencio la siguió. Los ruidos habían cesado de repente.

—¿Quién está ahí? ¡Salga enseguida! —Alfredo Biosca ya estaba en la primera planta. Pablo se encontraba a mitad de la escalera. El chico notó perfectamente que su padre, a pesar del tono autoritario que empleaba, no las tenía todas consigo.

El silencio proseguía. Pablo sabía que a veces algunos vagabundos utilizaban casas deshabitadas para pasar la noche. Por lo general eran inofensivos, pero siempre podía haber uno que fuese la excepción.

En ese momento los ruidos volvieron a oírse, con más fuerza que antes. También se oyeron las pisadas enérgicas de Alfredo. Las exageraba con la intención de infundir temor o respeto a quien se ocultaba. Iba hacia el lugar de donde provenían los ruidos.

Pablo acabó de subir los peldaños que le faltaban y llegó al gran rellano de la primera planta. Su padre estaba en el largo corredor de la izquierda. Se había detenido ante una puerta cerrada. De allí salían los ruidos, agrandados por los ecos y resonancias de la casa.

Alfredo Biosca iluminó aquella puerta con el haz de luz de la linterna y la abrió enérgicamente con la mano y con el pie. La madera retumbó al rebotar en la pared.

Pablo estaba a unos veinte pasos de distancia, con el ánimo encogido. Con gran temor vio que su padre, instantes después de haber abierto la puerta de modo contundente, entraba en la estancia como si algo lo atrajera hacia dentro. Enseguida la puerta se cerró con un golpe sonoro.

El chico no pudo aguantar más. Fue corriendo hacia allí lleno de angustia. Los ruidos volvieron a iniciarse, solo que ahora mezclados con sonido de pasos rápidos.

Sabía que si dudaba demasiado no encontraría el momento de entrar. Así que no lo pensó y abrió la puerta. La luz de la linterna lo deslumbró. Quiso creer que detrás estaba su padre, a salvo. Oyó su voz:

—¡Cierra! Si sale al pasillo será mucho peor. ¡Entra y cierra la puerta enseguida!

Pablo lo hizo de forma refleja, mecánica, sin comprender qué ocurría.

Entonces oyó los agitados aletazos que antes habían parecido movimientos bruscos de abanico, y un segundo después vio al pájaro.

Era bastante grande, de plumaje negro. Batía las alas con fuerza desesperada.

—Ha entrado por allí —dijo Alfredo, señalando un cristal roto que aún se aguantaba en la reseca masilla del marco de la ventana—. Ahora no sabe cómo salir. Está muy asustado. Y más aún al vernos. Abre la ventana.

Pablo lo hizo en el acto.

—Quítate de ahí. Si te ve no se atreverá a salir.

14

El chico se hizo a un lado. El pájaro se encontraba en lo alto de uno de los tres descomunales armarios que dominaban la habitación. Pablo nunca los había visto tan grandes. Eran de madera labrada, oscuros, con muchos ornamentos, desmesurados, imponentes. Estaban uno junto al otro, en ligero semicírculo, devorando más de un tercio del espacio.

Allí no había casi nada más, tan solo una mecedora olvidada en un rincón, una mesa pequeña de despacho a la que le faltaban casi todos los cajones y dos butacas cubiertas con telas polvorientas. La estancia era enorme, pero quedaba empequeñecida a causa de la presencia de los armarios que presidían sombríamente el lugar.

—Quédate tú hasta que se vaya. Luego cierra la ventana. Toma la linterna. Mientras, iré descargando la furgoneta. Se nos ha hecho muy tarde.

Alfredo salió de la habitación. Pablo se quedó dentro con el pajarraco negro.

—Vamos, sal —le habló—. Ahora puedes: tienes la ventana abierta.

El ave, desde lo alto de uno de los abrumadores armarios, lo miraba con recelo, como si sospechase que las palabras de Pablo ocultaran un engaño.

Estuvieron observándose un rato. Después, Pablo recorrió la habitación con la mirada. Buscaba una vara, un palo largo o algo parecido. Pensaba que si hostigaba un poco al pájaro para hacerlo volar por la habitación lo ayudaría a encontrar antes la ventana abierta.

Como no vio nada a propósito, se acercó a los armarios para deslumbrar al ave con la linterna y conseguir el mismo resultado. El pájaro, al aproximarse Pablo, cambió de armario. Ahora estaba un poco más cerca de la ventana. Pero allí se quedó. No acababa de decidirse.

—¡Apaga tu linterna! —gritó Alfredo desde el jardín, encendiendo otra más potente—. Que vea luz fuera y no dentro. Eso lo hará salir.

Pablo apagó y se apostó junto a la pared, entre la ventana y los armarios. Ya no veía al pájaro, solo la mole oscura e imponente de los fúnebres muebles. Por la ventana entraba el resplandor que proyectaba Alfredo desde abajo.

Entonces el ave negra arrancó el vuelo hacia el espacio abierto y al pasar rozó a Pablo en un brazo. El chico se estremeció. Algo viscoso le había quedado en la piel después del contacto. Encendió la linterna y vio que era sangre.

Pensó que era suya, pero no tenía en el brazo ningún rasguño o desgarradura que pudiera haberla causado.

Era del pájaro. Se habría herido al introducirse en la estancia a través del cristal roto.

Paseó la luz de la linterna por las baldosas y vio pequeñas gotas de color rojo oscuro que salpicaban el suelo de la estancia.

Y las había también resbalando despacio por la oscura madera de los armarios.

16 Alfredo Biosca subió por la mañana a reemplazar el cristal roto por una fina placa de madera.

Solo existía una posibilidad muy remota de que otro pájaro volviera a colarse por allí, y ya era raro que hubiese ocurrido una vez, pero quiso estar seguro de que el hecho no se repetiría.

Pablo aprovechó la oportunidad y acompañó a su padre. Así pudo volver a aquella habitación. A la luz del día los armarios resultaban aún más imponentes.

A primera vista parecían casi iguales, pero luego, a medida que uno los observaba, iba dándose cuenta de que las ornamentaciones labradas eran diferentes en cada armario. Solo se parecían en su tamaño abusivo y en el color, un negro muy lúgubre que producía una sensación deprimente.

También eran negras, con un matiz azulado, las plumas esparcidas por el suelo. Las había perdido el ave en sus agitados vuelos de la víspera. Pablo las fue recogiendo una a una mientras su padre retiraba los restos del cristal roto.

Los tres armarios estaban cerrados. Parecían llevar así mucho tiempo. Pero, extrañamente, no estaban cubiertos de polvo como los otros muebles de la habitación.

Aprovechando que su padre estaba colocando la madera, Pablo probó los pomos y tiradores de las puertas de los armarios. Quería saber qué había en el interior de aquellos muebles colosales, si en realidad había algo. Tiró con fuerza, pero ninguna de las puertas se movió.

Estaban muy bien cerradas con llave. Y las llaves no se sabía dónde estaban.

—Vámonos —dijo Alfredo—. Esto valdrá hasta que vengan los cristalersos.

Pablo llevaba en la mano un ramillete de plumas negras. Antes de salir de la habitación dio un último vistazo a los armarios. Cada vez le parecían más grandes.

A primera hora de la tarde sonó el timbre de la verja. Alfredo Biosca acudió a abrir. Un coche color granate esperaba fuera. Lo conducía una mujer de unos cincuenta años. El padre de Pablo intercambió unas palabras con ella y le franqueó el paso. Pablo la vio cuando el coche se dirigía hacia la parte trasera de la casa. Su aspecto le causó una impresión desagradable.

Unos minutos más tarde, la recién llegada y Alfredo mantuvieron una breve conversación en un despacho medio desmantelado de la planta baja. Pablo se acercó por el jardín y se apostó bajo la ventana.

Aunque no lo pudo oír todo, se enteró de que aquella mujer se llamaba Julia Barrientos. Pertenecía a la agen-

cia inmobiliaria encargada de la venta de la casa. Al parecer, ella tenía diversas cosas que hacer en el edificio, aunque no explicó cuáles eran.

—En estos días vendré a menudo por aquí —dijo la mujer—. Pero no se preocupe, tengo un juego de llaves. Lo que nos interesa es que usted termine cuanto antes.

—No estaré aquí ni un día más de lo necesario, se lo aseguro —respondió Biosca algo molesto—. Me esperan otros trabajos.

18

—Por supuesto, ya sabemos que tiene otros clientes —replicó Julia Barrientos, sin modificar apenas su tono impertinente.

El timbre de voz de aquella mujer le resultaba antipático a Pablo. Y lo que le oyó decir a continuación aumentó su desagrado.

—Por cierto, al entrar en la finca me ha parecido ver a un chico en el jardín —dejó caer la señora Barrientos, y quedó a la espera de explicaciones.

Por el modo de decirlo se notaba que no le había gustado ver a Pablo allí.

—Es mi hijo. Lo he traído conmigo por no dejarlo solo en casa. Vivimos a setenta kilómetros de la ciudad.

—¿Pasarán las noches aquí? —preguntó ella con cierta contrariedad.

—Sí. No es cosa de hacer ciento cuarenta kilómetros cada día.

—Pero... según tengo entendido, en la casa no hay luz.

—Nos apañaremos hasta que pueda conectarla, no se preocupe. Y, volviendo a lo de mi hijo, no creará ningún problema. Cuando no tiene clase, me acompaña a los sitios donde trabajo. Está acostumbrado. Ya le comuniqué al señor Carnicer que Pablo estaría aquí conmigo. No vio inconveniente.

—Yo no he dicho que lo haya —cortó ella, como si de pronto quisiera desentenderse de la cuestión.

Hubo un silencio. Pablo pensó que la mujer pondría algún reparo a su presencia en la casa, pero no lo hizo.

No volvió a saber de ella hasta el atardecer. Tras haber acabado la conversación con su padre, la señora Barrientos se había metido en la casa y allí había permanecido toda la tarde, en la parte de arriba, entregada a sus actividades.

Ya empezaba a oscurecer cuando Pablo la vio en la ventana de la habitación de los tres armarios. La mujer estaba examinando el parche de madera que Alfredo había colocado. Enseguida, se retiró. Pablo sospechó que no quería que la vieran en aquella habitación. Le entraron ganas de saber qué hacía allí.

Su padre estaba en el sótano, desmontando el grupo electrógeno de la finca. Trabajaba alumbrándose con dos reflectores alimentados por una batería. Hacía unos minutos le había dicho a Pablo que seguiría en el sótano otra hora por lo menos. El chico podía subir arriba sin que Alfredo se diese cuenta.

Entró por la puerta principal, cruzó el amplio vestíbulo y empezó a ascender por la escalinata. Dentro ya todo estaba en sombras. Si la señora Barrientos no encendía

alguna lámpara portátil de repente o se topaba con él en la negrura iba a ser difícil que lo descubriera.

Al llegar a la primera planta se le ocurrió que quizá aquella mujer tuviese la llave de los armarios. Si los abría y se descuidaba, él podría averiguar qué contenían.

El corredor estaba también muy oscuro. Avanzó con cautela y sigilo, muy pegado a la pared, aunque cada vez que pasaba junto a una de las muchas puertas cerradas se apartaba un poco. Le parecía que podían abrirse súbitamente si se acercaba demasiado.

20

Oyó un bisbiseo en el aire estancado del corredor. A medida que se fue acercando el murmullo se hizo más claro. Y procedía sin duda de la habitación de los armarios. No se oía una sola voz, sino dos. Una era la de la señora Barrientos. La otra, más grave, áspera, era de hombre.

«Alguien ha venido a hablar con ella en secreto», pensó Pablo. «Pero ¿cómo ha entrado, cuándo?»

Mezclado con las voces oyó un sonido peculiar, como un lamento herrumbroso, que el chico identificó al instante. No salía de ninguna garganta, sino de un herraje que necesitaba unas gotas de aceite. Aquel sonido solo podían causarlo los goznes de los armarios. Los postigos de la ventana no gemían de aquel modo: él lo sabía porque los había abierto y cerrado con motivo de la liberación del pájaro negro.

Se acercó a mirar por la cerradura, pero no dejaba ver nada al otro lado. Pablo pensó que al menos uno de los armarios estaba abierto. Habría dado algo por saber qué tenía dentro.

Una tercera voz, más lejana, le hizo dar un paso atrás. La señora Barrientos y el hombre enmudecieron.

Era la de Alfredo. Su padre estaba fuera, en el jardín. Llamaba a Pablo. Tenía que bajar, y deprisa. Si Alfredo se daba cuenta de que había subido a espiar a la señora Barrientos no le haría ninguna gracia.

Se alejó de puntillas por el corredor. La voz de su padre sonó de nuevo, con insistencia. Venía de la parte delantera. Pablo decidió salir por la puerta de atrás y luego rodear la casa. El jardín de la finca era lo bastante grande como para justificar la tardanza.

Estaba ya dando la vuelta por uno de los flancos exteriores del edificio cuando casi chocó con su padre, que iba en su busca con no muy buena cara.

—¿Dónde estabas? —le preguntó.

—Allá, al fondo —repuso Pablo, haciendo un gesto impreciso hacia la parte trasera del parque.

—No hace falta que vayas tan lejos. Por aquí hay sitio de sobra.

La señora Barrientos los estaba observando desde una ventana de la fachada lateral. No lo hacía abiertamente, sino esquinada, para no dejarse ver. Sin embargo, la última luz agónica del día aún llegaba a capturar su imagen. No se veía a ningún hombre junto a ella. Si estaba uno o dos pasos más atrás, la oscuridad lo envolvía completamente.

—Tienes que ayudarme —le dijo Alfredo a su hijo—. Necesito la luz muy encima. No puedo sostener las lámparas del modo que quiero. Ven, hazme el favor.

Un rato más tarde, ya de noche, la señora Barrientos bajó al sótano. Se despidió con breves y frías palabras y dejó caer que tal vez volvería al día siguiente, a primera hora.

Pablo aún estaba ayudando a su padre. Este le dijo:

—Ve a abrirle la verja a la señora.

22 Pocas veces había recibido Pablo un encargo con tanto agrado. Iba a tener oportunidad de ver al hombre que estaba con la señora Barrientos. Fue corriendo por las llaves y se dirigió a la puerta exterior.

La mujer apareció enseguida, al volante del automóvil granate. Él vio con sorpresa que iba sola en el coche. Se acercó a mirar si el hombre se había agachado para esconderse. A pesar de la oscuridad, pudo darse cuenta de que en el vehículo no había nadie más que la conductora.

—¿A qué estás esperando? Abre de una vez, por favor —dijo ella, impaciente.

Pablo lo hizo y la mujer salió arrancando de modo brusco.

La pregunta se formó enseguida en la mente del muchacho: ¿dónde estaba el hombre que había hablado con Julia Barrientos? ¿Se había ido antes, por su cuenta, con otras llaves de la verja, o estaba aún arriba como un secreto habitante de las tinieblas?

Esa última idea, al pasarle por la mente, le produjo a Pablo una sensación parecida al miedo.

Más tarde, mientras tomaban la escueta cena que Alfredo había preparado en la más pequeña de las cocinas de

la casa, Pablo buscaba el modo de hablarle a su padre del hombre que había estado en la habitación de los armarios.

No podía hacerlo abiertamente porque entonces descubriría que había subido a curiosear. Tenía que encontrar una manera de abordar la cuestión que no fuese comprometedora para él.

Al fin, se decidió:

—¿Quién era ese hombre que ha venido a ver a la señora de la agencia?

Alfredo lo miró como si pensara que había inventado algo para pasar el rato y replicó:

—Aquí no ha estado nadie más que ella, que yo sepa. ¿A qué viene esto?

—A nada. Me ha parecido ver a un hombre por el parque.

—Dejémoslo en que has visto mal —propuso Alfredo, como si esa fuese la salida más digna y conveniente para su hijo.

Pablo dejó pasar un rato y luego dijo:

—Es bastante rara, ¿no?

—¿Quién? —preguntó Alfredo, aunque sabía a qué persona se refería su hijo.

—La señora Barrientos.

—¿Por qué te lo parece?

—No sé, la veo sospechosa. ¿Qué ha estado haciendo tantas horas arriba?

Alfredo respondió de manera firme:

—Lo que haga o deje de hacer no nos importa, empáptate de esto. Y guárdate mucho de meter las narices por

la casa. Que ella ocupe el tiempo como quiera. Si es rara, que lo sea, peor para ella. No te preocupes. Estaremos pocos días aquí. Pronto dejarás de verla.